



Editorial

La Justicia, como una madeja, se nos presenta enredada. Tironeada de un lado y del otro, cruzada por intereses que no siempre son visibles, aunque sus efectos se sienten en cada expediente que se demora y en cada ciudadano que espera. Es la imagen inevitable: ovillar y volver a empezar, corregir el nudo mal hecho, tensar, reconstruir. Y, sobre todo, insistir.

El Colegio de Abogados de San Isidro, lejos de ser un espectador de esa madeja judicial, trabaja como un panal: con miles de celdas invisibles donde se cruzan reclamos, defensas, cursos, dictámenes, denuncias y hasta veedores que aparecen cuando nadie los quiere ver. Cada hilo se entreteje en silencio, con la persistencia que requiere sostener derechos en un sistema que parece especializado en demorarlos.

No hace falta demasiado esfuerzo para encontrar ejemplos. Desde las vacantes judiciales, que tardan años en cubrirse, hasta las Comisiones Médicas, que deberían ser un atajo y terminan siendo un laberinto. Esos fallos donde lo que se analiza no es el derecho vulnerado, sino el cumplimiento prolijo de un ritual burocrático, termina dejando de lado lo esencial: garantizar justicia. La madeja, otra vez: prolijamente enredada.

En medio de este panorama, el Colegio cumple un rol que no siempre tiene prensa ni aplausos: reclama, denuncia, sanciona, capacita y sostiene. Lo hace con una terquedad que muchos tildarían de quijotesca, pero que en realidad es la única forma de evitar que el sistema termine convertido en un decorado vacío. Se actúa cuando un juez confunde su cargo con un privilegio personal, se interviene cuando los derechos de los trabajadores se convierten en la nada misma.

No es romanticismo: es supervivencia institucional. Porque dejar que los nudos se aprieten hasta asfixiar al justiciable equivale a renunciar a la profesión misma.

La metáfora es ineludible. Quizás sea ese el oficio real de la abogacía: desanudar. Hacerlo una y otra vez, sin perder la paciencia ni la ironía. Porque, si algo nos enseña este ejercicio cotidiano, es que la madeja puede ser un obstáculo, pero también una oportunidad para demostrar que, en medio del enredo, siempre tendremos un hilo que conduce al Derecho.



Fragmento, dibujo colectivo, 2017. Depto. de Cultura. CASI